

La misma vieja pesadilla¹

Texto: Joaquín Esteban Cava

Dibujos: Virginia Garrosa

Hace tiempo que no soñaba con la misma vieja pesadilla, padre. Pensaba que el miedo y la rabia ya habían pasado y por eso no me visitaba más ese sueño oscuro. Todo había ido a parar al fondo inconsciente de las miserias olvidadas. Pero ha vuelto, padre. Y con insistencia.

Nunca me atreví a contártelo, aunque formabas –y formas– parte de él. En realidad, padre, eres el actor principal en esta película de terror. Tampoco lo supo madre: ella no aparecía en el sueño, pero siempre la imaginé detrás de los focos, aunque, tal vez, sin querer mirar no fuera que la luz la deslumbrara para siempre.

Es posible que hoy sí me atreva, por fin, a decírtelo en esta carta; pero déjame antes que te cuente que cuando empecé a ser adulta, y comencé pronto, forzada por las circunstancias, puse tierra por medio –tierra firme primero de nuestra sierra conquense y además un trozo de mar de agua, después– y me largué de casa. Para entonces ya tenía plenamente desarrollados mis pechos de mujer y completamente cubierto de vello mi pubis ¿Te acuerdas de ellos?: tu mano había profanado antes esos sagrados lugares.



Me largué, sí, porque no supe rebelarme: ¡qué pena! En casa quedaron mis hermanas, expuestas como yo antes a los mismos abusos: ¡valiente cobardía la mía! Siempre llevaré a cuestras esta culpa. Ahora he regresado otra vez al pueblo, aunque ya independiente y con mi familia propia: mi vida la gobierno yo.

Pero volvamos al sueño, padre ¿Quieres oírlo? ¿O prefieres que te deje tranquilo, sufriendo en silencio las molestias de tu próstata maldita, en lugar de escuchar sueños raros de hija discolta? Imagino tus hombros encogidos haciendo un gesto de indiferencia. Quiero pensar que me das permiso y que vas a leer este relato hasta el final; en realidad estoy casi segura de que lo harás, pero si no, aún estás a tiempo de arrugar estos folios y echarlos a la basura.

Sigues leyendo, pues bien, atiende. En mi sueño, el de antes y el mismo nuevo de ahora, siempre se me aparece una gran araña, negra y asquerosa, colgada en el techo oscuro de mi habitación. Es como si al apagar la luz la lámpara se expandiera en un sin fin de tentáculos. La araña desciende lenta y calladamente por el

¹ Por mi experiencia laboral conozco lo vulnerables que son muchas niñas cuando tienen la desgracia de caer en según qué familia. Algunos padres y muchos padrastros, gente frustrada, reprimida y psicológicamente enferma, necesitan exhibir su poder poseyendo sexualmente a las niñas de su casa.

No soy capaz de ponerme, como varón, en la piel de los pederastas y, menos aún, en el alma de una niña sobada y/o penetrada por el señor que tiene por padre. Pero hice un esfuerzo para entintar, negro sobre blanco, la experiencia amarga que una amiga, un día, me vomitó. A ella, que lo sabe, le escribí lo que sigue.

Relatos. La misma vieja pesadilla

cabecero de mi cama. Cuando está cerca, yo, adolescente púber, asomo un ojo tras de la sábana con que he cubierto mi cabeza, muerta de miedo, y entonces, en los ojos de la araña veo tus ojos negros, rodeados por unas pupilas rojas de lujuria.

La araña esboza una sonrisa cárdena, que parece decir: «no temas, mi niña, soy tu padre que viene a desearte buenas noches». Pero detrás de esos labios abiertos se exhiben unos dientes amarillos de nicotina y el aliento, intenso, huele a vino. Vuelvo a cubrirme con las mantas y me escurro hasta quedar encogida al fondo de la cama.

Siento luego que esa araña asquerosa salta sobre la cama y abarca con sus patatas la totalidad de mi lecho. Tiemblo dentro de las sábanas y contengo la respiración, pero esa araña, que viene con tus ojos y exhibe tu cínica sonrisa, va deslizándose lentamente las mantas hasta descubrir mi púber cuerpo de mujercita asustada.

—Cucú; ¿dónde está mi niña? ¡Qué traviesa eres! ¿Te gusta jugar al escondite con tu padre, verdad?

En una de esas patas negras hay colgado un reloj con pulsera de cuero ennegrecido por el sudor, que me resulta familiar. Siento en la cara la fría sensación de su esfera. Luego, a esa patata le crecen dedos, unos dedazos que multiplican por cinco cada uno de los enormes tentáculos iniciales.

El bicho me toma de los hombros y me eleva de un tirón hacia el cabezal de la cama, quedando tendida boca arriba e indefensa. El aliento con olor a tabaco y a vino penetra por los caños de mi nariz, mientras que mis oídos reciben palabras empalagosas que apenas escucho: «¿me quieres...?»; «¿quieres que yo te quiera...?»; «¡nunca te haría daño...!»; y cosas así.

En mi sueño, esas patatas de mil tentáculos penetran por dentro del camisón que visto, lo arrugan alrededor del cuello, y luego soban mis incipientes pechos, recorren mi tripa, hurgan asquerosamente en mi sexo, se deslizan por mis piernas: en realidad, no hay lugar de mi cuerpo que no se sienta manoseado y babeado.

Podría continuar recreando aquí el resto de detalles con los que continúa esta pesadilla, incluyendo mi bloqueo físico, mi miedo, la mezcla de palabras tiernas con otras amenazadoras, pero me resulta demasiado doloroso seguir con el relato, y a ti, padre, creo que no te debe hacer falta que continúe: ya imaginas los detalles, ¿verdad?

Cada noche que he vivido esta pesadilla me despierto asustada, llorando; y me incorporo súbito sobre la cama. Es como si me faltara el aire y sintiera náuseas porque en ese momento algo gordo y viscoso ha entrado en mi boca y me roza la garganta. Entonces doy la luz y busco la araña sobre la colcha, dentro de las sábanas, en el techo, debajo de la cama, pero no veo nada. Y lo siento de veras, porque me entra una rabia tal que aplastaría al bicho ese con las suelas de mis zapatos. Aunque se presente en el sueño con la expresión misma de tu misma cara; lo mataría igual.

Traslado esto a un papel porque nunca me he atrevido a escupírtelo a la cara, y también porque así me lo sugiere mi sicólogo.

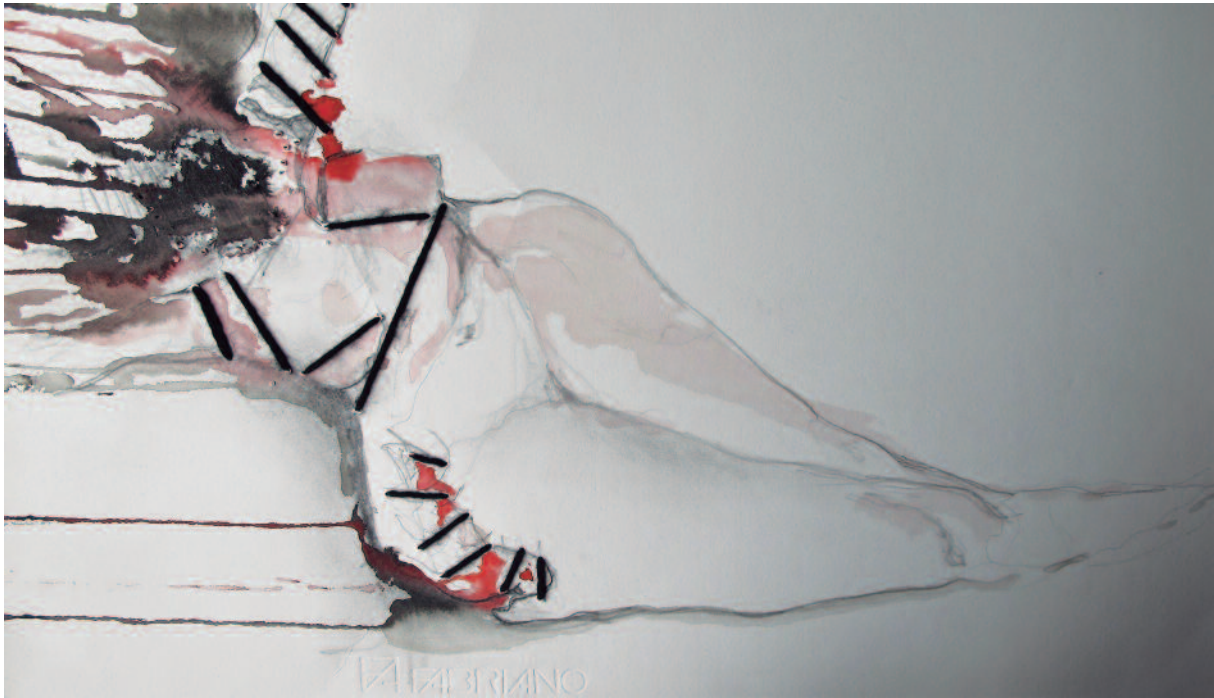
Tampoco lo he hablado con madre. Alguna vez quise sacar la conversación, pero siempre me cortó de inmediato diciendo algo así como: «en el fondo tu padre no es mala persona, aunque tenga sus rarezas...» ¡Otra cobarde más!

Con mis hermanas pequeñas no estoy segura de lo que pasó cuando yo me fui de casa, pero me temo que te tomaste el relevo con ellas, porque, aunque también hayan querido olvidar, leo en sus ojos una tristeza atávica que quizá no las abandone nunca.

¡Cuánto daño nos hiciste, cabrón! Y sin embargo, abusando de nuestro miedo y del complejo de culpa que fuiste capaz también de inculcarnos, has conseguido mantener unida —fría y convencional, pero unida— a la familia. Como si no hubiera pasado nada, como si tus sobos y tus amenazas sólo fueran ensoñaciones de niñas fantasiosas.

Hace unos pocos meses nos congregaste a todos alrededor de la tarta de tu sesenta cumpleaños. Yo también volví al pueblo con mi familia, y te felicitamos; y te hicimos regalos; y charlamos de todo y de nada, como en cualquier familia. Incluso tuviste la satisfacción de escuchar un «feliz cumpleaños, abuelito»

Pero desde aquella celebración han regresado de nuevo a mí los viejos fantasmas que habitaban mis sueños de juventud. Sólo que ahora, la niña a quien seduce y manosea la araña de mil dedos no soy yo, sino que es mi propia hija..



¿Y sabes por qué han vuelto a manifestarse aquellas terribles pesadillas? Porque el día de tu cumpleaños, cuando mi hija te regalaba el dibujo que había hecho para ti y subió a tus rodillas para besarte, de golpe se me aparecieron tus ojos negros y lujuriosos, tus dientes amarillos, el olor a vino, las patas de mil tentáculos y todo aquello que creía tener olvidado.

Igual fue solo miedo; tal vez la prostatitis haya suprimido tus antiguos y perversos deseos; no lo sé, pero tampoco me importa averiguarlo. Lo cierto es que en aquel momento reaccioné como una loba en celo, me lancé instintivamente a por mi hija, la arranqué de tus brazos y dije: «lo siento, pero se me hace tarde». ¿Lo recuerdas, verdad?, porque yo sí que me acuerdo de la cara de sorpresa que pusiste.

Mi hija ahora tiene la edad que yo tenía entonces. Poco a poco va pasando de niña a mujer. Y por Dios que si alguien le hace daño lo mato. ¡Por éstas que lo mato!

Si no fui capaz de denunciarte en su día, y ni siquiera he sabido odiarte a pesar de todo, hoy tampoco lo voy a hacer. Pero necesito dejar claras algunas cosas: os visitaré de vez en cuando, al fin sois los únicos padres que tengo; yo os recibiré también en casa y hasta puede que un día cuide de vuestra vejez; pero te juro por lo que más quiero, o sea, por mi hija, que si un día te quedas un solo minuto a solas con ella, me oyes, un solo minuto lejos de mi vista, te expulsaré de mi vida y de la de tu nieta para siempre.

P. D.: No me da tiempo a corregir esta carta, por lo que deberéis disculpar sus faltas y su mal estilo, pero me urge echarla al buzón de correos, ahora que me he sentido por fin capaz de escribirla, no vaya a ser que más tarde me acobarde como tantas otras veces.

Y que sea lo que Dios quiera.